

RECUERDOS DESDE UNA CUNA

Hubo una vez un espíritu impuro que cuando logró entender pidió con entera humildad a la amorosa misericordia de Dios poder ser canción.

Precisamente por lo inenarrable de su existencia sólo alcanza a ser, *sine laude*, el triste coprotagonista de nuestra historia.

Cuando era niño su padre le pegaba. Y a su madre también. Compartían obligados el mismo infierno dentro de un supuesto encanto familiar. Siempre recuerda su propia imagen, menuda e insignificante, observando con profunda admiración a aquella sobria mujer que un día confiadamente le había regalado la vida. Mirar sus negros ojos, perdidos en la sima del tiempo. Un tiempo que transcurría demasiado lento como para aguantar con abnegada paciencia su ingrato existir. Sólo en una inolvidable oportunidad su madre se había atrevido a mencionarlo, posiblemente fue en un día nefasto como tantos otros, pero de esos de alma menos aguantable. Por desgracia, a él le sirvió para enterarse de una vez hasta la eternidad de que ni siquiera cuando fue una chiquilla, ya sensible en exceso, había querido la vida regalarle algunas gotas de rocío que refrescaran su rostro en los incontables días grises que no tuvo más remedio que mal vivir. Soportó a una madre fría, menos suerte que él, y a un padre también violento, y no hay nada peor que la costumbre, nada que logre hacer más daño, porque llega a darse todo por sentado, como *ex cathedra*, hasta cargar de ridículo sentido la situación más absurda e injustificada.

Mala costumbre. Triste extremo que como en un eterno retorno de nuevo les tocó representar monótonamente en el desconsolador escenario de la vida. La vida, ese incansable lugar en el cual no suele existir un *happy end* para que todos podamos descansar plácidos con la conciencia cristalina. La realidad, que suele ser bastante más evidente, tiene el habitual antojo de despertarnos con poderosos exabruptos porque, en honor a la verdad, las palizas eran tan frecuentes que, sólo muy tarde, Alfredo pudo apreciar que las moradas bolsas

que rodeaban los ojos de su madre no eran ojeras surgidas por la constante falta de sueño tranquilizador sino moretones. Mala costumbre.

Y ahora, para su total desconsuelo, después de tanto suspiro maltrecho, los únicos recuerdos que aún se niegan a abandonar su cansada mente siguen siendo los menos tranquilizadores. Nunca consigue olvidar aquella noche. Su padre llegó borracho, ojalá hubiera sido algo nuevo, y mientras él simulaba estar dormido en lo secreto de su habitación aquellas estridentes voces iban atravesando toscamente como puñales la puerta protectora para clavarse en su pequeño corazoncito repleto de incómodos sentimientos. Gritos. «¡Me cago en la puta! ¡Trini, te voy a dá de *hostia* que te vá a cagá!». Y más gritos... «¡Jodé! ¡Déjame, cabrón!» Como un hecho insólito, aquella vez fue capaz de vencer el miedo indomable. Berreando se abalanzó sobre la puerta y mientras la abría con desmesurada prisa lo último que acertó a contemplar entre la cegadora luz que iluminó verticalmente su dormitorio fue el puño cerrado de su padre golpeándole en la cara. Se despertó en el hospital, protegido por el cálido tarareo de una suave melodía. Su madre lo abrazaba con llorosos ojos recientemente amoratados.

Tardó seis días en volver al colegio. No es que tuviera una terrible ilusión por regresar a sus clases, más bien no le quedaba otro remedio si quería evitar que Mercedes, su bienintencionada tutora, insistiera en hablar con su padre recordándole estúpidamente la importancia de la educación primaria para ver a su ¿querido? hijo convertido en una persona de provecho y de amplio futuro. Alfredo en esos momentos no conseguía sacarse de la cabeza la omnipresente y labrada imagen de su progenitor. Con sumo esfuerzo había llegado a estudiar incluso secundaria y, sinceramente, no conseguía apreciar en él ni el más mínimo resquicio para poder considerarlo una persona de provecho. De hecho, era incapaz de verlo siquiera como una persona. Y con respecto al futuro, ¿no tenía ya bastante con intentar sobrevivir al presente cómo para decidir preocuparse por nada más? Además, dejar sola, abandonada en su infortunio, a la mujer que admiraba era demasiado cruel incluso para un impotente niño de siete años, aunque lo único que pudiera hacer fuera dividir entre dos los injustos y repetidos golpes.

Ante tan desagradable tesitura, la imposible decisión de Alfredo deambulaba por semanas de un lado para otro: ora clase ora casa. Y evidentemente, no lograba estar de pleno en ninguno de los dos lados. En el colegio sufría recordando la angustiosa soledad de su madre, y cuando optaba por quedarse en la casa temía la inminente llegada del padre o la llamada desafortunada de Mercedes machacando sobre la necesaria obligatoriedad de la enseñanza. Enseñanza para él, por otro lado, más que desdeñable según sus razonados y aun razonables criterios.

Por entonces ya había aprendido, a fuerza de costumbre, a leer en los labios. En infinidad de ocasiones ésta era la única forma viable de comunicación entre su madre y él cuando el padre estaba presente y con el fin de enterarse de todo chisme pretendía hacerse el tonto. Para Alfredo claramente lo era sin intentarlo, aunque sólo pudiera gesticulárselo a su madre desde el otro extremo de la mesa. Tan curiosa habilidad era un nuevo motivo añadido a la lista para odiar, dentro de la alternancia, el turno electo en auto-mala-suerte de asistir a clase. En el colmo de su desgracia podía leer a larguísima distancia los despiadados comentarios que sus compañeros de clase se atrevían a hacer sobre su dramática situación familiar.

- Su padre les cruje a palos –comentaba en voz baja el estúpido listillo de la primera fila dirigiéndose a la chica del pupitre de atrás-. Mira como tiene el ojo...

Ni la más nula discrección podía distinguirles como última característica. Hasta señalaban descaradamente con el dedo soltando asesinas risitas que le crispaban el ánimo. Ese día, en el recreo, acabó partiéndole las gafas de un primer tortazo a Molina, el niño que siempre le había caído peor. Con el segundo golpe le tocó el turno al labio de arriba. Sin gafas, gimoteando y con la camiseta de no recuerda que color empapada en sangre resultaba todavía más patético que de costumbre. Por supuesto, a la señorita Paqui, que era entonces inmerecida directora del colegio, no le pareció igual. En un espasmo de tensión no recordó que estuviera prohibido pegar a los alumnos y liberó su mente y su cuerpo. Eso sí, comparada con los puñetazos y patadas que recibía semanalmente por parte de su padre aquella infantil bofetada en la cara casi le dio risa, pero el horno no estaba para bollos.

Evidentemente volvieron a expulsarlo del colegio un día más y mientras esperaba en el despacho la llegada de su madre custodiado a diestra y siniestra por la tutora y por su amigo Jacinto, uno de los bedeles, se dedicó a maldecir en abierto a todo bicho viviente que osaba acercársele un solo centímetro. En un descuido incluso logró destrozar un portafotos que estaba encima de la mesa y un ridículo jarrón chino que decoraba una estantería repleta de viejos libros. Le resultó curioso comprobar como a la señorita Paqui le importó más perder el jarrón –sus gritos de desesperación fueron grotescos– que ver por el suelo y burdamente pisoteado aquel sentimental retrato familiar.

Cuando, impotente y con la clara idea de nunca más jamás volver, atravesaba la enrejada cancela del colegio asido a la mano temblorosa de su madre le pareció escuchar de voz cercana un relajante son. La dulce mirada de Matilde, la única persona a la que se atrevía a considerar cabalmente como compañera de clase, le perseguía con unos vidriosos ojos tristes de párpados caídos. Sus labios, rosados y cariñosos, acompañaban su salida entonando magistralmente cuál indeseado réquiem una marcada música de la que no lograba entender ni la más leve palabra. En aquella ocasión no le importó esa incapacidad para poder leer en los labios, prefirió quedarse prendado de su femenina sonrisa.

Desencadenante.

¿Qué tiempo pasó? No recuerda. Gracias a Dios todo se torna como un relato extraño que ahora le cuentan, como si su historia fuera de otro. Entiende que ésta es la única forma viable de seguir, y contener las lágrimas, porque aún es presente.

Sonó el timbre. Hacía un buen rato que estaba despierto pero permanecía tumbado en la cama boca abajo entre las sudorosas sábanas de áspero color amarillento. Su padre ya se había marchado y procuró con sus voces dejarlos bien despiertos y angustiados a los dos antes de dar el primer portazo del día. Abandonar su habitación para abrir la puerta era un absoluto suplicio, pero sabía que estaba solo en casa. Su madre, con penosa obligación, seguro que había decidido salir muy de mañana a hacer las compras del día en la tienda de la esquina. La más cercana y protectora. Apenas cien metros de

angustioso caminar. Alfredo había oído a alguien hablar de aquella curiosa enfermedad. Con la mente aún obtusa por el sueño, intenta recordar su nombre: miedo a los espacios abiertos, por algún trauma difícil o casi imposible de superar. Ago-rafob..., agoro... Mierda, otra vez el timbre. Bueno, si su madre había sido capaz de salir a la calle a pesar de la *agoroleches*, él no tendría más remedio que llegar a la puerta del piso por mucho esfuerzo que pareciera costarle, así que se calzó las zapatillas de paño y mientras se frotaba azarosamente los ojos consiguió atravesar el estrecho pasillo que le separaba de la entrada tras dar unos ridículos e inestables pasos.

Se puso de puntillas pero la mirilla se resistía a bajar de su sitio. Bufó desconsoladamente y abrió la puerta sin ganas. Con toda certeza sería cerca del mediodía pero Alfredo no veía más allá de un palmo, hacía meses que habían cortado la luz de la escalera y vivían justo en ese piso intermedio en el que no se ve ni un ápice de claridad a través de ninguna de las plantas superiores o inferiores. Finalmente decidió encender la bombilla del pasillo y una tenue luz –40w como mucho- luchó por iluminar la estancia.

- Hola, bicho – oyó entre sombras desde el otro lado de la puerta. Su cerebro, como una computadora, intentaba buscarle rostro a esa voz evidentemente conocida.

- ¡Jacinto! -el corazón le dio un vuelco. ¿Sería posible que alguien del colegio se preocupara todavía por él? Acostumbrado como estaba a sólo encontrar relaciones movidas por algún oscuro interés se resistía a creer que cualquiera pudiera echarle de menos. Además, hacía tanto tiempo que había dejado de asistir a las clases que aquella situación se le antojó aún más sorprendente. Jacinto se encargó de resolver sus dudas con inusitada rapidez. Hasta llegó a pensar por un momento que estaba leyéndole la mente:

- Hace más de dos semanas que no vienes a clase y estábamos preocupados.

¿Preocupados? ¿En plural? Las cosas se estaban poniendo más raras conforme iba avanzando la conversación.

- Pasa, pasa si quieres – acertó a pronunciar sumido en el desconcierto -. Estoy solo y puedes...

La palabra se le quedó colgada en la boca al contemplar a la diminuta figura que abrazó Jacinto mientras la acercaba al hueco de la puerta.

- Hola, Alfredo ¿Cómo estás?- la dulce voz de Matilde no había cambiado en apenas dos semanas. Su cara de ángel tampoco.

Creyó contestar: «bien», pero la verdad es que apenas recuerda lo que sucedió en la media hora siguiente. Los minutos fueron breves pero eternos; hacía mucho tiempo que no se despreocupaba tanto, o tal vez nunca lo había hecho del todo. Le hubiera gustado invitar a sus amigos a un refresco pero el frigorífico estaba vacío, como casi siempre. Acaso una lata de sardinas abierta desde hacía una semana y una botella de gaseosa disipada. Eso sí, seguro que encontraba sin pérdida toneladas de latas de cerveza, porque para comer no tenían ni un céntimo pero, como bien recordaba su padre cada día, la cebadita ayudaba a la digestión. Digestión no sabía bien de qué, ya que de la sopa de ajo no pasaban, y era un verdadero milagro la noche en que podían escalfarle un huevo. En fin, el caso es que Jacinto no bebía y un vaso de cerveza no era lo más idóneo para ofrecerle a una niña de siete años, aunque ciertamente a él le gustaba el sabor de la birra y probarla un día sí y otro también. Hasta aquella vez cuando el desgraciado de su padre lo pilló sacando una lata de la nevera y le partió la cara y el alma a fuerza de puñetazos para dejarlo finalmente sangrando y medio muerto en una de las esquinas de la cocina. Ojalá la paliza hubiera sido porque la cerveza era poco saludable para un chicuelo de su edad, incluso podría pensar que algo sí que le importaba al viejo, pero la triste realidad era que su padre no quería quedarse sin reserva. Bastante peor para la salud fue ingresar en el hospital con dos costillas rotas, el tabique nasal partido por la mitad y tener encima que decir que se había caído por las escaleras. Gracias a Dios que estaba con su padre para echarle una mano –o más de una-. ¡Qué mierda!

Y ahora estos dos tenían que irse. Parece ser que aprovecharon la media hora de recreo para lanzarse espontáneamente y hacerle una fugaz visita. Dos besos, un abrazo y hasta pronto. Alfredo dijo que en una semana como mucho regresaría a las clases. No se lo creyó ni él, aunque las ganas de volver a ver a Matilde podían hacer que el agua se convirtiera en vino. Cuando cerró la puerta tras ellos se sorprendió a sí mismo limpiándose una lágrima que se deslizaba solitaria por su mejilla. Tal vez sintió lástima de aquella soledad, por-que apenas un segundo después su llanto se hizo desesperado y asfixiante

y ya no podía distinguir unas lágrimas de otras. Bastante tenía con poder respirar entrecortadamente en mitad de tanto gemido.

Lo que sucedió en la escalera en los dos minutos que transcurrieron entre esta dolorosa instantánea y el inesperado momento en el que escuchara de nuevo a Jacinto aporreando la puerta mientras su padre, que acababa de regresar a casa, ebrio de alcohol y de genio, le golpeaba frenéticamente, tuvieron que contárselo.

Parece ser que cuando Jacinto y Matilde bajaron por las escaleras acompañados por una sempiterna oscuridad, al girar en el rellano del primer piso su amigo no pudo evitar el tropezón, que al cabo de unos segundos se tornó bastante indeseado, con un hombre encorvado y mugriento. Llevaba una botella de vino casi vacía en la mano derecha y mientras el casual encontronazo le había hecho apoyarse tambaleante sobre la pared chilló entredientes:

- ¡*Gilipolla!* No ve onde anda so inuti...

«Asquerosa voz y fétido aliento» –había pensado Jacinto-, «a juego con el resto». Fue a soltar cualquier barbaridad pero miró a Matilde, que se estaba tronchando de la risa, y sólo quiso pronunciar lo más educadamente posible, que no era mucho:

- Lo siento, hombre.

Había sonado absurdo, y aun ridículo, sólo consiguió acentuar las contenidas carcajadas de Matilde. Por su parte, las protestas y ácidos insultos del renqueante señor se estuvieron oyendo hasta que su ebria silueta hubo desaparecido por el piso superior. Después vino un sonoro portazo. Sólo entonces Jacinto, observando otra vez de reojo a Matilde con una cómica mueca, se tapó la boca con el fin de contener una incipiente carcajada y cogiéndola de la mano se dirigió al colegio escaleras abajo. Cuando hubieron llegado al portal ya se estaban escuchando los gritos. Entonces un escalofrío cruzó su espalda y una duda su atropellada mente: «Será posible que...» Observó a la niña un momento sin demasiada reflexión, se restregó las manos por la cabeza y finalmente le había dicho con firmeza:

- Espera aquí y ni se te ocurra moverte.

Matilde se pegó literalmente a la pared, con los dientes apretados y los ojos tan desencajados y abiertos su rostro pareció más bien el de una rana.

Había intentado articular algún sonido, de carácter angustioso por supuesto, pero en lo que tardó en abrir la boca Jacinto ya se hubo perdido de su vista escalando peldaños de tres en tres.

Confirmar su sospecha no fue agradable. No había tenido ni que arrimarse a la puerta lo más mínimo para averiguar que las voces altisonantes y los golpes secos provenían del piso de Alfredo. Incluso acertó a reconocer sus sollozos mientras corría desesperado hacia la entrada de la vivienda. Una llamada con los nudillos. Corta, débil, incómoda, tímida. Contraste absoluto con lo que parecía estar sucediendo en el interior. La paciencia nunca había sido una de sus virtudes y aquella vez no hubo motivo alguno para justificarla. Su voz, como un insulto, se abrió paso sin condescendencia:

- ¡Abra! ¡Abra, joder, o llamo a la policía ahora mismo!

Su puño cerrado había golpeado la puerta descompasadamente con ritmo frenético. Una patada a la base. Otra más, y el portentoso ruido hizo a los vecinos asomarse desde todos lados. Primero recelos, después algunos hasta se atrevieron a animar la escena: «Ya era hora de que alguien hiciera algo por el pobre chiquillo», escuchó a lo lejos. «Y vosotros, cabrones», fue lo último que pensó Jacinto antes de que se abriera la puerta.

Desenlace.

A partir de aquí ya no tuvieron que contarle nada a Alfredo. Pudo verlo todo con sus propios ojos; bueno, a medias, porque los tenía tan hinchados por los golpes que parecía que le hubiesen picado un millar de abejas. El hecho es que a su padre no se le ocurrió en aquel momento otra cosa sino levantar amenazante los puños con la clara intención de intimidar a Jacinto e impedir que entrara en la estancia. Con desánimo, comprobó que a pesar de lo encorvado de la posición de su padre su estatura sobrepasaba largamente a la de su amigo. Desconfianza ciega, porque un rápido codazo dirigido al cuello fue suficiente para igualar la contienda. Jamás había visto a Jacinto de aquella guisa, pero evidentemente no le importó un pimiento. Ni ver a su padre, tembloroso como una gallina, salir corriendo de la habitación con una mano apretada sobre la nuez y la otra sobre la boca intentando disimular una tos áspera y seca como su propio carácter. Jacinto lo persiguió con la mirada iracunda hasta que se hubo perdido definitivamente por el hueco de la puerta y

le gritó no recuerda bien qué salvajada. Después se dirigió a él, con agobiante parsimonia. Y hubo un cambio en la mirada. Ahora se tornó profunda y tierna a un tiempo. Lo abrazó y sintió al contacto de sus brazos crujírsele hasta al alma. Y entonces, con diferente voz y desconocida melodía, le oyó tararear aquel testarudo son que volvió a inundarle de transparente y esperada tranquilidad.

No lo supieron, pero aquella había sido la última paliza. Inmediatamente sintieron un alboroto tremendo, ruido de peldaños, y golpes como de huesos quebrantándose. Se escuchó un grito desesperado de Matilde. Jacinto salió corriendo al descansillo pero aún no había pasado ni medio minuto cuando Alfredo lo vio regresar con la camisa empapada en sudor y algunas manchas de sangre en los pantalones. El bedel volvió a mirarlo, esta vez con los ojos desencajados. Lo abrazó de nuevo:

- Alfredo... –murmuró casi al oído- T-t-tu padre...

Entre los cálidos brazos de Jacinto sollozó desconsoladamente con una extraña mezcla de rabia y sosiego. Nunca supo que sentimiento pudo más, y jamás pretendió descubrirlo.

Sí recuerda sin demasiado esfuerzo que al cabo de media hora llegó su madre con la policía y que un par de auxiliares de la Cruz Roja lo sacaron de la casa tumbado en una camilla. Recuerda a varios vecinos asomados a la entrada de sus domicilios murmurando tonterías y ver de reojo, al llegar casi al portal, en el último rellano de la escalera, el cuerpo de su padre tendido sin atisbo de vida. Parece ser que había perdido el equilibrio, como tantas veces, debido a la tremenda borrachera que le acompañaba a todas horas. Aquel día hubo menos suerte. O más, según quien lo mire. Rodó dos tramos de peldaños golpeándose finalmente la cabeza contra el suelo. Murió en el acto. Al fin y al cabo gracias a Dios, tanto por él como por los que le rodearon. Su madre estaba con la mirada perdida en la inmensidad de la nada y, sin ninguna maldad segura-mente, una leve sonrisa apareció espontánea en la comisura de sus labios.

Cuando ya fue demasiado tarde para hacer prácticamente nada, su espíritu, con indeseada y obligada memoria, logró entender. Y la eternidad se le antojó tan breve como un suspiro a destiempo. Y pidió estar siempre

recordando cada segundo de su inenarrable existencia. Y estar presente pero irreconocible. Esta vez como encanto y melodía. Como ese eterno son que tranquilizó el alma de Alfredo en los días peores. Y pidió, y pidió... a la misericordia que nunca tuvo.

Alfredo adora a sus hijos. La pequeña tiene apenas dos años. Cuando se acerca a su cunita para desearle una feliz noche siempre la arrulla entre sus torpes brazos. Entonces, suele venirle a la memoria aquella canción, de la que no recuerda bien la melodía, pero que hace a su hija conciliar profundamente su delicado sueño de la misma forma que a él le sacaba de la absurda realidad cuando era un niño. «Mm, mm, ea, mi niña». Y en ese instante, como en cualquier otro, no se acuerda de su padre, aunque éste, desde lo profundo del canto, haciéndose una sola voz con la de Alfredo repita embargado de inútil tristeza: «Soy yo, hijo, soy yo».